

muchos: la belleza en las artes depende de la unidad y armonía. Nada ha existido más bello que las cabezas de las Niohes, y éstas se distinguen por rasgos poco variados y sencillos. No os hablemos de una simetría perfecta, que resultaría dura, fría y monótona, sino de una unidad de armonía, envuelta en el esplendor de sensibilidad que irradian los detalles del verdadero genio.

Afirma Plinio que Apeles fué quien más se ocupó de restituir al arte su mayor sencillez.

La mujer tiene idoneidad para obras grandiosas: nos referimos á la grandiosidad estética que depende de las relaciones ópticas, que hieren los sentidos y el espíritu, pues la grandiosidad geométrica supone muy poco.

Neron hizo pintar su retrato en una tela de cuarenta codos, y sin embargo, aseguran personas competentes que esta pintura no se ejecutó en estilo grandioso.

¡No negueis á la mujer su aptitud para lo bello y lo sublime! La mujer está organizada para sentir lo que el hombre necesita aprender. La mujer ama lo bello, y no lo destruye, cual el hombre, con el cuchillo anatómico. Es triste el análisis porque nos muestra el esqueleto de lo que había idealizado nuestra fantasía.

Recordad este tierno pensamiento de Alfonso Karr: «La ciencia de amar las flores y las plantas no es tan cruel como la botánica, que nos enseña á disecarlas y á insultarlas en griego y en latin.»

El alma de la mujer es un búcaro precioso, de cuyo fondo exhalan sus perfumes el amor y la admiración hácia todo lo noble y delicado; su corazón una pira donde se quema constantemente el incienso del entusiasmo. La mujer nace artista, como artista nace el rui señor.

¡Nadie ha enseñado sus armónicos trinos al Homero de los bosques, al misterioso poeta nocturno, al melodioso Orfeo, al inimitable cantor!

II

Si no se han distinguido todas las mujeres dedicadas al arte de Murillo, es porque no se ha tratado de hacerles adquirir conocimientos, sino de enseñarles habilidades con objeto de hacer vano y ostentoso alarde.

La educación pictórica de la mujer ha estado hasta hoy notablemente desatendida: limitada á empíricas instrucciones, difícilmente ha conseguido salir de copista, y muchas han visto morir sus ilusiones sin poder realizar el ideal de los sacerdotes del arte, ó sea la composición. El no haber alcanzado la mujer, en general, tan inmenso placer y gloria tanta, no ha sido por ineptitud, incuria ó incompetencia suya; si por el estado rudimentario en que la han dejado permanecer sus maestros.

Han supuesto algunas que manejar el pincel es ser artista, y se han dormido arrulladas por tan errónea

creencia. ¡Como si el arte de pintar consistiese únicamente en el empleo de los colores!

La brillantez del colorido no puede reemplazar las demás partes del arte cuando se hallan descuidadas. Por eso se ha observado que los principiantes suelen pintar árboles que tienen muchas especies de cortezas y de hojas, y consiste en que acostumbrados á ver que el claroscuro no ofrece grandes dificultades en el dibujo, y poco preparados para vencer las que ofrece en la pintura, descuidan lo más importante y trascendental.

El claroscuro, ciencia de las medias tintas y de los reflejos, es, según personas muy autorizadas, el arte de dar transparencia á la sombra, y de representar en la oscuridad el colorido que tendría el cuerpo allí escondido si estuviese expuesto á la luz.

Cuando la mujer reciba en toda su amplitud la ilustración á que es acreedora, cuando se ocupen de facilitarle los conocimientos artísticos de que carece, podrá descollar en las nobles artes.

La mujer posee en su alma el sagrado fuego de la inspiración, en su frente la divina chispa que todo lo anima, y en su inteligencia el núnen creador inagotable.

CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

[Continúa.]

LA SEVILLANA.

I

Al hablar de la grandiosa capital andaluza, patria de esclarecidos varones y damas insignes, tan amada por sus hijos y aun por los que sin serlo han visto á la sombra de sus muros deslizarse los mejores años de su existencia, no quisiéramos empezar repitiendo aquel tan pomposo elogio de Cervantes:

«¡Oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y grandeza!

Ni reproduciendo los conocidos versos que entusiasmados repiten sus admiradores:

«La mejor tierra de España,
Aquella que el Bétis baña,
La que la giralda otea,» etc.

Y no porque no nos agrade así lo que dice el ilustre autor del Quijote como lo que expresa ese desconocido cantor, que ha logrado grabar su idea de un modo indeleble en el sentimiento popular; es tan sólo por imaginar que las poblaciones notables, semejantes en esto á las personas distinguidas, pueden recibir elogios que, aunque merecidos, las perjudiquen grandemente. Enalteced ante numeroso público el talento de algún literato ó de algún artista; ponderad la belleza de una jóven, y no faltarán en uno y otro sexo, émulos, harto desdichados en verdad, que miren aquellas alabanzas cual disi-